

La izquierda griega: el futuro como nostalgia

*Karla Cortes Lozano*¹

Resumen

Lejos de la demonización de la experiencia soviética, pero sin pretender que la Revolución rusa sea la medida de todos los cambios revolucionarios ni el modelo a imitar por las izquierdas marxistas, el texto que sigue propone una reflexión cruzada para pintar algunas luces y sombras del legado soviético en relación con la izquierda radical griega.

Palabras clave: izquierda radical, socialdemocracia, legado de la Revolución rusa, Grecia, nostalgia.

THE GREEK LEFT: THE FUTURE AS NOSTALGIA

Abstract

Far from demonizes the soviet experience but without pretending that Russian Revolution is the measure of all revolutionary changes or the model to be imitated by the marxist left, the following text proposes a cross reflection to draw some lights and shadows of the soviet legacy in relation to the Greek Radical Left.

Keywords: Radical Left, Social Democracy, Legacy of the Russian Revolution, Greece, nostalgia.

Introducción

El futuro como nostalgia puede interpretarse como la búsqueda de una reedición socialdemócrata o como el deseo de retorno de una dog-

1. Universidad de Guadalajara.

mática marxista. Sin embargo, hoy el socialismo debería resguardarse tanto de su inscripción en una simple continuidad histórica como de quienes pretenden hacer tábula rasa para desmarcarse de una tradición compleja. Esto es particularmente relevante en la historia de la izquierda griega, que está marcada con trazo grueso por una política internacional soviética que oscilaba según sus vaivenes domésticos y sus necesidades diplomáticas.

En Grecia se escribieron algunas de las páginas más negras de la actuación exterior de la Unión Soviética. El influjo que esto tuvo en las sucesivas reconfiguraciones de la izquierda fue determinante. A este respecto, fueron tres los sucesos históricos de mayor calado.

1. El Acuerdo sobre los Balcanes entre Stalin y Churchill fue el espaldarazo para la represión del popular movimiento comunista griego y la restauración de un gobierno monárquico. El Acuerdo también despejó el camino para que, apenas unos años después, Grecia se convirtiera en el primer país en el que se implementó la Doctrina Truman.

2. En la segunda fase de la Guerra Civil griega (1944-1949) el apoyo de Tito a la guerrilla comunista fue condenado por Stalin. Esta desavenencia se daría meses antes de la ruptura entre Yugoslavia y la URSS. La actuación soviética echó por tierra los principios del internacionalismo proletario y, sobre todo, permitió de un modo deliberado el sofocamiento de la resistencia griega. No obstante, una vez producida la ruptura, la dirección del KKE se mantuvo fiel a Moscú y terminó sus relaciones con Tito, provocando un cierre de fronteras entre Grecia y Yugoslavia de consecuencias decisivas.

3. La invasión de Checoslovaquia causó una ruptura irremediable en el Partido Comunista Griego (KKE), que ya atravesaba una crisis aguda desde el establecimiento de la Junta de los Coroneles en 1967. La Primavera de Praga fue condenada por los comunistas que permanecieron en Grecia durante la dictadura militar, mientras que fue apoyada por la cúpula del partido que se había exiliado en Moscú. Las posturas encontradas derivaron en la escisión del KKE, entre quienes siguieron las directrices soviéticas-estalinianas y el nuevo KKE-Interior que acogió las tesis eurocomunistas.

La herencia soviética, y de manera palpable el tercer punto arriba mencionado, pasó una cara factura histórica cuyo adeudo remanente sigue orbitando sobre el campo de la izquierda actualmente dividido en dos agrupaciones principales: el Partido Comunista de Grecia (KKE) y la Coalición de Izquierda Radical (Syriza). El primero de ellos en varios aspectos ostenta una nostalgia ribeteada de estalinismo; el segundo, en cambio, representa una posición que por estar a la defensiva aparece nostálgica de proclamas socialdemócratas que aspira recuperar para sortear su propio extravío. Una intuición recorre la constatación de esta doble nostalgia: si la izquierda se retrotrae o se guarece en banderas que han sido usurpadas es porque carece de una concepción propia acorde a los tiempos que corren.

Una apuesta más promisoría consiste en reinventarse con memoria y sin nostalgia. El centenario de la Revolución rusa es una buena ocasión para acometer este intento. Lejos de la demonización de la experiencia soviética, pero sin pretender que la Revolución rusa sea la medida de todos los cambios revolucionarios ni el modelo a imitar por las izquierdas marxistas, el texto que sigue propone una reflexión cruzada para pintar algunas luces y sombras del legado soviético en relación con la izquierda radical griega.

En primera instancia se trata el tema de Syriza, acotando su examen a algunas variables de su desempeño como oposición política con viabilidad de gobierno hasta los primeros meses de su gestión al frente del Estado, cuando realizó un viraje *socialliberalizante* que lo alineó abiertamente con las formaciones socialdemócratas europeas tradicionales. En una segunda parte se aborda someramente la actuación reciente del KKE de acuerdo a un conjunto de parámetros identificados con el legado de la Revolución rusa.

I

La Coalición de Izquierda Radical (Syriza) nació en 2004 como un nudo de fuerzas de radicalidad variable (maoístas, trotskistas, eurocomunistas, ecosocialistas) emanadas de una tradición de lucha vigorosa pero con frecuencia afectada por la fragmentación. Una nueva vuelta de tuerca en la recomposición de la izquierda se experimentó con la disolución de la URSS y la caída del bloque socialista. En esa coyuntura

fue Synaspismos, la agrupación mayoritaria de Syriza que hunde sus raíces en el KKE-Interior, la que hizo valer su peso dentro de la coalición para difundir su ideario eurocomunista (o neocomunista) que, no obstante el desenlace conocido, seguía manteniendo una perspectiva de clase que lo distinguía de la socialdemocracia tradicional.

Hasta el afianzamiento de su realineación centrista acordada en el Segundo Congreso del partido celebrado en 2015, Syriza debía parte de su constitución política a un juego de equilibrios que la inducía intermitentemente a demarcarse e identificarse con la historia del comunismo en su país, en la que hace mella la presencia soviética. La crisis económica que azotó a Grecia en 2008 fue el telón de fondo sobre el que despuntó la formación radical. Su ascenso meteórico despertó grandes expectativas entre la izquierda europea casi con la misma intensidad con que se desilusionó tras la firma de Tsipras de un tercer memorándum. En las líneas que siguen se delinear algunos puntales temáticos para una reflexión que yuxtapone la forma en que se desarrollaron tanto en Grecia como en la Revolución rusa.

Estado y movimientos sociales

La situación crítica de Grecia generó un hervidero de iniciativas de base o democracia directa, especialmente en la región del Ática: comedores sociales, asambleas locales, redes de economía solidaria, cooperativas de trabajadores, mutualidades, etc. La crisis fue leída por ciertos sectores como la oportunidad para impulsar un cambio de paradigma en la organización social, poniendo sobre la mesa propuestas autogestivas y consejistas. Pero esa frustración devenida creatividad, es decir, la lógica excepcional que en la crisis hizo de la necesidad virtud, sabía el gobierno de Syriza que no era posible sedimentarla satisfactoriamente como modelo organizativo de una sociedad compleja como la griega.

Tampoco en el pasado su permanencia inalterable era viable. Ya la Revolución rusa se había enfrentado con una dificultad similar al abordar la cuestión de los sóviets, que si bien es indudable que fueron una conquista democrática y una innovación política que constituyó el embrión del futuro Estado obrero, es igualmente cierto que su efectividad dependía de su permeabilidad estratégica. Si en 1905 Lenin había advertido que la tentación de fetichizar el papel de los sóviets barrería las

necesarias consideraciones estratégicas respecto a las condiciones reales de su éxito, en 1917 daría un giro a su planteamiento sobre la base de un nuevo análisis de la relación de fuerzas de la que derivó la consigna política de “todo el poder a los sóviets”. El viraje es congruente con el interés primordial de Lenin, quien valoraba a los sóviets menos por su forma en sí que por ser una expresión concreta de clase.

La figura del sóviet así entendida funcionaba en cada ocasión bajo un sentido de coyuntura que no entraba en contradicción con el proyecto estratégico general; antes bien, las mutaciones en su configuración eran incentivadas si servían a los fines revolucionarios en él comprendidos. Es por eso que la elección entre el sóviet o el partido era un falso dilema desde el punto de vista de Lenin, ya que ambos eran considerados igualmente necesarios para llevar a buen puerto la lucha política. La relación entre el partido y el sóviet tampoco comprendía una dinámica de relevo; no era externa, sino inextricablemente dialéctica: el partido cumplía el papel de pedagogo y organizador del nuevo poder estatal que encontró su germen revolucionario en el sóviet, piedra de toque del nuevo régimen a edificar tras la abolición del Estado burgués. En resumen, como señala Alan Shandro (2010: 305), la evolución del pensamiento de Lenin puede seguirse desde el ángulo que concibe al sóviet como un aparato para el ejercicio de la hegemonía del proletariado, un enfoque que esclarece la naturaleza de la relación entre movimiento espontáneo y partido marxista.

Tanto en la Rusia revolucionaria como en la Grecia de los últimos años, la vitalidad y creatividad de las masas hicieron efervescencia en momentos que conjugaban la gravedad de las condiciones socioeconómicas con una creciente expectación de cambio. Ahora bien, desde el punto de vista de su encauzamiento, ¿la izquierda griega estuvo a la altura del desfogue creativo que se experimentó a nivel de las bases? De acuerdo con sus proclamas de campaña que anunciaban una regeneración político-democrática, ¿Syriza fue capaz de reinventar la forma de hacer política explorando vías consecuentes con sus principios? Grecia fue un laboratorio de la “terapia del *shock*” y del modelo austeritario, pero también un campo fecundo de resistencias y propuestas contrahegemónicas. Aunque en Grecia no hubo nada como una dualidad de poder, sí que el ímpetu participativo en las calles insinuó un contrapoder en potencia que contrastaba sensiblemente con el vaciamiento democrático del Estado.

Pero el legado que arrojan esta clase de expresiones de ebullición social (asambleas, redes comunitarias, diversos centros sociales, etcétera), más bien espontáneas, tiende a evaporarse si no encuentra un cristalización institucional. La historia de la espontaneidad de las luchas muestra que éstas son susceptibles de ser determinadas por el capital o por la clase en su componente más consciente (Negri, 2004: 111). En un punto dado de la Revolución rusa, el sistema de los sóviets, que estaba atravesado por fuerzas en tensión, dejó de ser un problema meramente organizativo para convertirse asimismo en un problema político ante la inminente estructuración y preservación de un nuevo tipo de poder de Estado. Un desafío que, por lo demás, pierde de épica revolucionaria lo que gana en crudeza propia de las tareas inmediatas exigidas por “la dictadura del proletariado” en tanto que fase transicional de la construcción de la sociedad comunista. A grandes rasgos, estas son las ideas englobadas en la concepción leninista de que el problema de la revolución era el problema del poder y éste, a su vez, el problema del partido y la direccionalidad programática.

Para Badiou (2017: 22-23), la fuerza novedosa de la Revolución de Octubre surgió de la combinación en acto de la disciplina del Partido Bolchevique y la democracia de masas de las asambleas. Sin embargo, la deriva burocrática y autoritaria de la revolución favoreció la completa fusión del partido con el Estado que acabó con uno de los factores de la ecuación: el poder de los sóviets. Por su parte, la figura de partidomovimiento que encarnaba Syriza terminó encallada en una institucionalidad reactiva que socavó la posibilidad de hacer política más allá de unos márgenes parlamentarios muy reducidos por la coacción externa. Pese a las expresiones democráticas a pie de calle en Grecia no hubo ni horizontalidad movimentista capaz de “agrietar” el Estado (Karyotis & Broumas, 2014), ni iniciativas gubernamentales específicas que extendieran los espacios de movilización y confrontación popular pese al ascenso de un partido de “izquierda radical” (Kouvelakis, 2015).

La correlación entre espontaneísmo y vanguardia siempre ha sido problemática en la izquierda. Su equilibrio precario –o su falta– redundante por diversos canales en la búsqueda y difícilmente lograda hibridación entre socialismo y democracia. La priorización del espontaneísmo y/o basismo tiene su reverso en la simple formulación de un inventario de iniciativas populares consideradas sólo en un sentido instrumental. De ésta última dieron cuenta, siguiendo una evolución

en sentido inverso, tanto la perversión estalinista del concepto de dictadura del proletariado como la utilización oportunista del movimiento popular por el gobierno de Syriza. Dos caminos distintos confluyeron en una misma desembocadura: la subordinación (o manipulación) del poder social al poder estatal.

En su ensayo “La significación de la Comuna”, Henri Levebvre (1962) registró una reflexión que, con los debidos ajustes y en relación a las consideraciones anteriores sobre el poder social y el poder estatal, conviene retener para caracterizar el legado de la Revolución de Octubre: “La experiencia de la comuna va mucho más lejos que un conjunto de imágenes revolucionarias de enseñanzas políticas [...] La comuna anticipó, en acto, lo posible y lo imposible”. A lo que cabe añadir que la experiencia de los bolcheviques también nos brinda un conjunto de pistas sobre lo deseable y lo perjudicial.

La izquierda radical y la socialdemocracia

La Revolución de Octubre fue un proceso animado tanto por una tesis internacional como por una nacional, las cuales estaban estrechamente interrelacionadas: la consolidación de la experiencia soviética estaba ligada al desarrollo de una revolución socialista mundial que nunca se produciría. Si bien los levantamientos de los espartaquistas en Alemania y otros movimientos revolucionarios en Europa central fueron brutalmente sofocados, frustrando así las expectativas de los bolcheviques, no debe por ello infravalorarse los efectos de la ulterior internacionalización de las luchas y la consagración de la URSS como un referente político para un sector de la izquierda socialista europea.

Sin embargo, contraviniendo las esperanzas de los revolucionarios rusos, las organizaciones políticas de las clases trabajadoras en los países europeos más avanzados no respondieron al llamado de insurrección mundial ni propiciaron acercamientos solidarios con el naciente Estado socialista. Lejos de ello, los partidos socialistas de la Segunda Internacional ya habían engrosado las filas de las fuerzas contrarrevolucionarias mediante la aprobación de créditos de guerra y una actitud “social-imperialista” (Amin, 2007: 13) que supuso una traición a sus ideales históricos: la renuencia socialdemócrata a transformar la guerra imperialista en guerra entre clases —tal como propugnaban

los bolcheviques — implicó que la derrota del pacifismo fuera a su vez la derrota del movimiento obrero. Con ese antecedente y con base en la nueva correlación de fuerzas que en Europa suscitó la Revolución de Octubre, de la familia socialdemócrata se escindió definitivamente una vertiente comunista, que a diferencia de los partidos socialistas preexistentes, anudó su oposición a la guerra con el apoyo a la formación de la Unión Soviética.

Se abrió así un escenario en el que los bolcheviques se vieron acosados simultáneamente desde tres frentes: la Guardia Blanca de la Guerra Civil, la invasión imperialista de las grandes potencias y la hostilidad de la socialdemocracia europea. Esta triple acometida provocó que la acción de los bolcheviques estuviera condicionada por la amenaza constante a la supervivencia de la revolución misma y, en consecuencia, por la adopción urgente de medidas en respuesta al tropel de contingencias. Por ello, como señaló Rosa Luxemburgo (2008), sería una “locura” pensar que hubiera sido posible que el primer experimento efectivo de una revolución socialista no estuviera plagado de errores.

Dando un brinco en el tiempo, y guardando todas las proporciones que ello exige, Syriza se decantó por un camino similar al decidir imbricar su destino con la evolución política del conjunto de Europa. La dirección del partido defendió esa línea de acción aunque supliendo el eje unificador del comunismo por el de la socialdemocracia, bajo cuyo signo buscó establecer alianzas con los partidos socialistas o socialdemócratas del resto de los países de la eurozona para poder implementar su programa de gobierno encaminado a liquidar el “régimen austeritario”, lo que, según Syriza, a la postre tendría repercusiones continentales.

Previendo una lógica parecida a la esperada por los bolcheviques respecto de la revolución mundial, el desenlace sería una concatenación de rebeliones sociopolíticas contra la austeridad en aquellos Estados europeos en los que los partidos socialdemócratas fueran la principal fuerza política. Por el eslabón débil de la cadena continental estallarían el comienzo de otra Unión Europea (UE), no revolucionada más si profundamente reformada, de manera que los avances logrados en Grecia encajarían en una estrategia paneuropea de transformación progresista.

La interpelación de Syriza a la socialdemocracia obtuvo una respuesta que se redujo a declaraciones de buenas intenciones, aunada

en la práctica al bloqueo que suponía su consentimiento —explícito o implícito— a las directrices de lo que en el argot político de la crisis financiera pasó a denominarse Consenso de Bruselas, a saber, el marco comunitario del modelo austeritario. Si en la época de la Segunda Internacional los partidos socialistas pretendieron una alquimia imposible al tratar de unir “el asesinato con el amor fraterno, el voto por el presupuesto de guerra con el internacionalismo socialista” (Luxemburgo, 2006: 20), la socialdemocracia europea del siglo XXI caía en la incoherencia que suponía defender, en teoría, unos presuntos “valores europeos” que violaban mediante el desmantelamiento de derechos sociales, la erosión de libertades políticas y la promoción de campañas neocoloniales en África y Oriente Medio.

Los imperialistas de los países de la “Entente” bloquean a Rusia, procurando aislar del mundo capitalista a la República Soviética, como foco de contaminación. Estas gentes, que se jactan del carácter “democrático” de sus instituciones, están tan cegadas por el odio a la República Soviética que no advierten cómo ellos mismos hacen el ridículo. Figúrense ustedes: unos países adelantados, los más civilizados y “democráticos” [...] temen como al fuego el contagio ideológico procedente de un país arruinado, hambriento, atrasado y que, según ellos, ¡es incluso un país semisalvaje! (Lenin, 1973: 169).

En vista de los aires revolucionarios que a comienzos de 1917 soplaban con fuerza, el ministro del Interior alemán se refirió al “efecto embriagador de la Revolución rusa” que había de sofocar mediante el bloqueo de informaciones sobre lo que acontecía en el país euroasiático. La misma voluntad de bloqueo se cernió sobre el contra-ejemplo que representaba Syriza, que desde su llegada al gobierno vio crecer las amenazas, las reprensiones y una escalada de opiniones discriminatorias por parte de algunos dirigentes políticos (también socialdemócratas), los burócratas en Bruselas y los grandes medios de comunicación. “Ahora no existe terrorismo blanco [...] a no ser que consideremos terrorismo blanco las continuas amenazas de nuevos recortes de los sueldos, las pensiones [...] el que practica la clase burguesa dominante a través de los organismos del Estado” (Markaris, 2014).

Una vez más la socialdemocracia saboteó, por acción u omisión, la puesta en marcha de un proyecto alternativo como el que aspiraba edificar Syriza, la que, por lo demás, al pretender combatir desde el plano más bien abstracto de una socialdemocracia “de principio”

a una socialdemocracia “de nombre”, renunció a impulsar las ideas transformadoras que engendra un tiempo de movilizaciones. En lugar de dar la batalla por la potenciación y cristalización de tales ideas, Syriza se estancó prematuramente en la retaguardia como un partido de orden que puso sordina a la lucha de clases y, con ello, propició el reflujo que abrió un tiempo fértil a las ideas reaccionarias.

Según la valoración de Rosa Luxemburgo (2008), la iniciativa y la valentía de los bolcheviques frente a la traición de los socialdemócratas salvó el honor del socialismo internacional, pero dicha inspiración rápidamente fue abortada por Syriza. Lo “social” que sustentaba a la socialdemocracia se difuminó de modo similar —aunque sin tantos aspavientos— a como en la posguerra desapareció el marxismo de su marco referencial. Desde esta perspectiva histórica resulta casi un despropósito que los nuevos partidos de la izquierda —como Syriza y Podemos— procuraran presentarse como rehabilitadores socialdemócratas de un Estado del bienestar que surgió de un compromiso histórico concreto que no es repetible. Al autoproclamarse portadores de la “auténtica” socialdemocracia, dichas fuerzas progresistas parecen obviar el itinerario policromo que ha seguido esta corriente política en el curso de su historia. Este modo de proceder bajo la férula de la moderación pragmática limitó la propuesta de Syriza a una ocupación de la vacante dejada por la socialdemocracia tras su conversión al socialliberalismo, renunciando así a forjar un espacio político propio a la izquierda del Partido Socialista Panhelénico (PASOK).

Los bolcheviques, por el contrario, no pretendieron ser una prolongación o purificación del socialismo que encarnaban sus formaciones políticas tradicionales, sino un producto histórico de impronta radical capaz de abrir el horizonte de la emancipación. Esta experimentación práctica exigió una operación semántica que reemplazó el vocablo socialdemócrata por el de comunista. En la Revolución rusa las mutaciones en la realidad material antecedieron, condicionaron o estuvieron en realimentación con el abordaje conceptual. En cambio, Syriza invirtió la fórmula sin que esa previa sustitución nominal alcanzara siquiera los efectos del estatus performativo.

Manolis Glezos (2015), héroe de la resistencia griega contra la ocupación nazi que 70 años después sería eurodiputado por Syriza, denunció a este respecto:

El hecho de que la troika haya sido renombrada como “las instituciones”, el memorándum como el “acuerdo” y los prestamistas como “socios” —de la misma manera que llamar carne al pescado— no cambia la situación previa.

Lo mismo sucede con la lucha de clases que se diluye en un eufónico mar de epítetos (trabajadores autónomos, *freelances*, *ninis*, etc.) del que asimismo se sirve Syriza, sin que la realidad de la explotación y los explotados sea modificada. Dicho con otras palabras, sin una incidencia real en la relación de fuerzas, el socorrido “giro lingüístico”, ejecutado como antídoto del determinismo materialista, tiende a degenerar en vacuidad política.

Más allá o más acá de la dimensión lingüística, una observación de Lenin (1969: 739) nos proporciona una pauta decisiva para evitar que la transformación se limite al recambio:

Las revoluciones verdaderamente grandes nacen de las contradicciones entre lo viejo, entre lo que tiende al cultivo de lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser ya de tal manera nuevo, que no contenga ni un ápice de lo viejo. Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más habrá de prolongarse el periodo en que se mantendrán varias de estas contradicciones.

Mucha tinta ha corrido para tratar de explicar que la Revolución rusa surgió como una respuesta radical a las contradicciones del sistema. Ahora queda mucha tinta por gastar para describir cómo las revoluciones o grandes transformaciones, aunque ya no suelen discurrir por una vía armada, siguen originándose en el campo de las contradicciones internas al sistema. En el ínterin crítico que se abre cuando lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer (Gramsci dixit), es fundamental contar con una fuerza que explote tales contradicciones asumiendo la representación de lo nuevo en calidad de artífice de un cambio radical en el sentido riguroso del término.

Unas revueltas bases sociales griegas resquebrajaron el bipartidismo que imperaba desde la caída de la Junta de los Coroneles en 1974. Pero Syriza, en tanto pieza disruptiva que sacudió el tablero, se restringió a encauzar la efervescencia social hacia lo que Gramsci de-

nominó una *hegemonía transformista*.² La resultante neutralización de la movilización ahogó la posibilidad de construir un sujeto “revolucionario”, es decir, ese sujeto del cambio imprescindible para los bolcheviques, que al no ser un sujeto trascendental sino histórico, muta en una pluralidad de formas modeladas por la etapa concreta de la lucha de clases.

Sin embargo, que la base social trastornada por la crisis provocara el agrietamiento del sistema de partidos no significó que la sociedad griega se desperdigara en una multiplicación de demandas. Antes bien, la línea divisoria que la atravesaba estaba definida por su posición a favor o en contra del memorándum y, por ende, por la continuación o terminación de las políticas neoliberales. Que Syriza hurgara críticamente en esta fractura constituyó uno de sus mayores méritos en virtud de haber conseguido dar una mayor cohesión a un sujeto del cambio que emergía de la movilización y confrontación sociopolítica pero que estaba relativamente disperso.

Cuestiones estratégicas

En una primera fase de la Revolución rusa, el combate contra la autocracia zarista era tanto el papel principal destinado al movimiento revolucionario como un paso necesario en la construcción de la hegemonía de los socialistas (Antón, 2017). Por su parte, Syriza encontró su ámbito “natural” de acción en las movilizaciones sociales anti-austeritarias que acompañaría hasta convertirse en el principal portaestandarte político contra el régimen de los memorandos, cuya oposición era asimismo ineludible para lograr una articulación hegemónica progresista. En esta coyuntura reflató una de las razones nucleares que dieron origen a Syriza: la perspectiva de una participación electoral unitaria de la izquierda que fuera reflejo de la unidad de acción que ya se estaba desplegando

2. Gramsci acuñó el término “transformismo” para referirse a un proceso de cooptación de los intelectuales y políticos de las clases subalternas, infligiendo de tal modo una derrota que cierra la perspectiva de una alternativa. “La noción de transformismo designa un doble proceso: el hecho de que el partido de acción sea molecularmente ‘incorporado y dirigido’ por los moderados, y el hecho de que las masas decapitadas de su dirección se encuentren ‘fuera del Estado’. Es decir, nos encontramos con un tipo de dirección de clase muy ligado a la ‘revolución pasiva’” (Glucksmann-Buci, 1978: 75).

en las calles. Como señaló Antonis Davanellos (2014), miembro de la Plataforma de Izquierda de Syriza, la lucha de clases que la crisis dejó expuesta planteaba la exigencia de un gobierno de izquierda como precondición para la defensa de los derechos laborales y sociales.

Una vez asentada esta conciencia y vocación de gobierno, desde una perspectiva comparativa destaca el énfasis puesto en la precisión de las consignas y en la consagración de ideas-fuerza. El celeberrimo lema de los bolcheviques era el escueto paz, pan y tierra. Los pensamientos de Lenin podían ser muy complejos y sofisticados, pero su mensaje político era nítido y decidido. Syriza, por su parte, haciendo un guiño a la lógica dicotómica del populismo, pero también insinuando cierta disposición a ir más allá de ella, enarboló a contracorriente el reclamo de soberanía y echó raíces en el imaginario colectivo como una fuerza de choque contra el memorándum: no a la troika; no a la austeridad; ni ruptura ni subordinación, soberanía. Si bien las primeras son de carácter afirmativo y las segundas de signo negativo, ambas consignas tienen el mérito de ser claras y sintéticas, lo que coadyuva la fijación de objetivos prácticos y contribuye a su receptividad social. En definitiva, ambas despertaron el entusiasmo popular y generaron las adhesiones necesarias en la lucha por el consenso hegemónico, lo que redundó en la victoria revolucionaria y electoral, respectivamente.

Sin embargo, una vez en esta nueva posición de gobierno, ¿por qué una de las consignas prosperó y la otra fracasó? Tariq Alí (2017) proporciona la que quizás es la clave de bóveda cuando afirma que debajo de cada palabra resuelta de los bolcheviques, debajo de los conceptos de paz, pan y tierra, yacían los pilares de hierro de su táctica y estrategia. Por el contrario, Syriza subestimó al enemigo y prescindió de la contundencia estratégica que lo llevó a replegarse cada vez más en una moderación que lo hizo girar hacia el transformismo político, hasta que finalmente claudicó frente a sus adversarios. En este sentido específico, una semejanza crucial radica en que, para Syriza, las consignas y los medios para alcanzarlas no gozaban de la misma claridad. Al hilo de esta reflexión resulta concluyente un pasaje de Lukács (2008: 83):

Toda sobrestimación de la madurez de la situación, del poder del proletariado, toda subestimación de la violencia de las fuerzas adversarias se pagan amargamente en forma de crisis, recaídas, evoluciones económicas que conducen forzosamente más acá del punto de partida.

Una débil voluntad política y la falta de una estrategia consistente dilapidaron el capital político de Syriza y disiparon las esperanzas que sobre ella había vertido la izquierda. Una de las lecciones principales de la Comuna de París, que Lenin (*Enseñanzas de la Comuna*, 1976) asimiló para el proceso revolucionario ruso, fue el error de los comunistas de no “expropiar a los expropiadores”, no someter la banca a control público y, en su lugar, promover las ilusiones de “un país unido por una tarea común a toda la nación”. El diagnóstico y la propuesta para Grecia que elaboró el Comité para la Abolición de las Deudas Ilegítimas (CADTM) prueba que la lección mantiene su vigencia pese a que sean otros los métodos y objetivos transformadores. Al caer en el mismo error, la Grecia gobernada por Syriza correría una suerte similar marcada por el aplastamiento, aunque de la experiencia de la Comuna —y de la Revolución rusa— la separaría un factor decisivo: la claudicación prematura que no agotó las posibilidades de la lucha política difiere cualitativamente de la tenacidad sostenida por los revolucionarios franceses y bolcheviques.

El referéndum de julio de 2015, que en medio de las presiones europeas recalibró las consignas básicas hasta repercutir en el dictamen popular del OXI/NO (61.31%) a una nueva vuelta de tuerca de la austeridad, terminó siendo un amago intrascendente contra los acreedores. Al ser despojado de su carácter vinculante para archivarlo como anécdota simbólica, el destino del referéndum parece más la respuesta afirmativa a una pregunta brechtiana: “¿No sería más simple en ese caso para el gobierno disolver el pueblo y elegir otro?”. Desde ese momento la secuencia regresiva se sucedió con rapidez.

La consecuencia del desacato del mandato popular fue un tercer “acuerdo de rescate” firmado por Syriza, el cual contenía condiciones aún más draconianas que las impuestas con anterioridad, lo que en algunos aspectos conllevó un retroceso mayor del que se había sufrido bajo gobiernos conservadores. La vuelta “más acá” del punto de partida subrayado por Lukács fue tan perjudicial en términos socioeconómicos como políticos, puesto que el contraste entre la audacia popular y la endeble respuesta gubernamental generó una honda desmoralización en la izquierda griega y europea.

En conclusión, el periplo de Syriza exhibió de manera terminante a una socialdemocracia perimida que se apartó definitivamente de su función histórica de representar y organizar a los sectores populares

de la sociedad. En ese sentido, su apuesta demostró que en las condiciones actuales no se puede ser radical sobre bases socialdemócratas. No obstante, no es la única forma política que se agotó con el cambio de siglo: el estatismo burocrático del socialismo realmente existente es otra modalidad que se piensa superada por la historia pese a que mantenga vivas sus pulsiones en la izquierda griega, específicamente la contenida por el KKE.

II

El KKE o sobre la hiperideologización a la sombra de la revolución

El Partido Comunista de Grecia (KKE) es la formación política más longeva del país helénico. Su fundación data de 1918, inspirado, como muchos otros, por el ascenso revolucionario de los bolcheviques. En 1924 adoptaría su nombre actual, lo que coincidiría cronológicamente con la creación de la Confederación General de Trabajadores Griegos (GSEE). Este doble surgimiento se convertiría a la larga en una importante seña de identidad del KKE, debido a que el ámbito sindical es el espacio donde mejor se constata su gran capacidad organizativa.

Su destreza para conectar con el movimiento sindical corre pareja a su férrea convicción obrerista. Sin embargo, persiste una visión aislacionista que promueve una actuación de todos sus frentes (femenil, estudiantil, sindical, etcétera) al margen de los movimientos de masas que no están encuadradas en el partido. El caso más destacado es el del PAME, la fracción comunista del GSEE, que por las directrices del partido se ve obligado a convocar huelgas y manifestaciones por separado.

En algunos aspectos el KKE es una reliquia de la Guerra Fría que se apoya en un cúmulo de vestigios que denotan un “pasado que no pasa”, como expresó Sousa Santos (2017) para referirse a ciertas fuerzas políticas que a día de hoy reproducen acríticamente las prácticas, imaginarios y/o narrativas de un marxismo de dogmas. En el programa del partido aprobado en el 19º Congreso puede leerse un discurso ya conocido: “El objetivo estratégico del KKE es la conquista del poder obrero revolucionario, es decir, la dictadura del proletariado, para la construcción socialista como fase inmadura de la sociedad comunista” (2013). Los métodos también nos resultan familiares: la organización del poder

obrero estará basada en representantes de los trabajadores, que serán elegidos en sus centros de trabajo, serán controlados por aquellos que los eligieron, serán revocables en cualquier momento, no serán sacados de la producción y no tendrán ningún privilegio extra (Lountos, 2015).

Su línea política focaliza la maduración de las fuerzas productivas, mantiene la centralidad obrera sobre otras clases/grupos sociales, minimiza el condicionamiento de las correlación de fuerzas y tiene un marcado acento positivista: “La imposición total de las leyes científicas del comunismo exige la superación de los elementos de inmadurez que caracterizan a su fase anterior” (ibídem). Estas ideas preconcebidas que se quieren leyes históricas no sólo son rémoras en las iniciativas de cambio, además fomentan el aislacionismo del KKE por su pretensión de “autenticidad” científica y revolucionaria.

Por este purismo autorreferencial que hace del comunismo griego una patente de corso, el KKE se abstuvo de acompañar el movimiento real de las fuerzas sociales. La crisis lo mostró rebasado por los acontecimientos, por lo que lejos de cumplir sus pretensiones vanguardistas operaba una doble sustitución: por un lado, practicaba el *sustituismo* con el que Isaac Deutscher aludió a la suplantación del protagonismo de la clase dirigente por una fuerza dirigente partidista; por otro lado, sucumbía a la peligrosa tentación denunciada por Lenin acerca de sustituir lo concreto por lo abstracto. Afianzado en esta doble condición, el KKE constituye una fuerza política que por su carácter *descontemporáneo* se muestra incapaz de incidir en la realidad social para transformarla.

La incardinación de la radicalidad transformadora en la concreción política contrasta con el anuncio de medidas desarraigadas de sus condiciones de posibilidad y de aquellas decisiones tomadas al margen del mapa real de las luchas. El carácter revolucionario de una organización no viene determinado por la propaganda ideológica que incita a cometer acciones claramente irrealizables que se deshacen a la primera reflexión (Benjamin, 2009: 386). Más allá de lo incendiario o seductor del discurso, preguntarse *cómo* es posible socavar efectivamente el sistema capitalista no es un ejercicio retórico (Zizek, 2001: 376), sino el preludeo reflexivo del análisis concreto de la situación concreta. La certidumbre teleológica que incentiva la práctica de espaldas al movimiento social real aleja al KKE de esta premisa leninista y torna nimia su aportación al cambio radical concebido como la capacidad efectiva de alterar las relaciones de fuerzas en el seno de una formación social dada.

La sesuda flexibilidad táctica de Lenin (1976: 50) lo llevó a reconocer que las fórmulas creadas por el bolchevismo debían ser complementadas y corregidas en función de la situación concreta: “Ocurrir con harta frecuencia que, cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados necesitan de un periodo más o menos largo para habituarse a la nueva situación y repiten consignas, que si bien ayer eran justas, hoy han perdido ya toda su razón de ser [...] Cada consigna debe dimanar siempre del conjunto de peculiaridades de una determinada situación política”. Por el contrario, las fórmulas manidas blandidas por el KKE parecen cuasi inmutables. Pero las consignas no son todo, ni siquiera lo más importante. Son también fundamentales el cálculo de la correlación de fuerzas y el hallazgo en cada momento del eslabón particular al cual hay que aferrarse para sujetar toda la cadena y preparar el paso para el eslabón siguiente del cambio radical (Lenin, 1969: 448).

La crisis puso de manifiesto que en esto radican los puntos más flacos del KKE. Las consecuencias que de aquí se desprenden trazan un esbozo ilustrativo de su perfil político:

- Se opuso al referéndum convocado por Papandreu en 2011 para validar o rechazar el primer paquete de rescate, una convocatoria resultante de la presión popular en las calles.
- Se negó a apoyar las protestas que estallaron tras el asesinato de un estudiante bajo represión policiaca, con el argumento de que “en la verdadera revolución popular, ni una copa se rompería” (Lountos, 2015).
- Rechazó una alianza con Syriza, misma que posiblemente hubiese engendrado un bloque radical a la izquierda del PASOK. Apenas unos meses después de los últimos comicios griegos en 2015, en Portugal se formó un gobierno de izquierdas que coaligó al Bloco de Esquerda, el Partido Comunista Portugués y el Partido Socialista, constituyéndose en el espejo que devolvía a Grecia una imagen análoga de lo que habría podido ser su propia vía anti-austeritaria hacia la hegemonía de la izquierda no socialdemócrata. En parte debido a esta renuencia, Syriza sustituyó la articulación de un nuevo “bloque histórico” por una unidad de índole nacionalista que animó el pacto de gobierno con Griegos Independientes, un partido chovinista que en algunos aspectos conecta con el ideario de la ultraderecha.

- En los momentos álgidos de la crisis — y no sólo en estos — realizó huelgas y manifestaciones estrictamente separadas del amplio y heterogéneo movimiento popular.
- La Asamblea Popular instalada en la Plaza Syntagma, que dio origen a los indignados griegos, fue denostada por el KKE como una iniciativa pequeño-burguesa, llegando incluso a prohibir a sus militantes ser parte activa de dicho ejercicio democrático contestatario.

Apenas pasado un año de la toma del poder por los bolcheviques, Lenin (1969: 459) criticó la exasperación saboteadora de aquellos “izquierdistas” que no se detuvieron a pensar que “el capitalismo de Estado representaría un paso adelante con la situación existente”. Afirmar que cada tramo vale por lo avanzado no implica necesariamente sucumbir al “reformismo burgués”. Por ello, que a lo largo de la crisis el KKE hiciera de Syriza el blanco principal de sus ataques despierta reminiscencias sobre la campaña emprendida por la Komintern en la década de 1930 contra los socialdemócratas, quienes de potenciales aliados fueron convertidos de un plumazo en “socialfascistas”.

De esta lógica sectaria hace eco la declaración que en el 19º Congreso del KKE definió su posición frente al movimiento asambleario de las plazas: “El llamado ‘movimiento de los indignados’ fue respaldado, alentado — si no es que planeado — por los mecanismos de la clase dominante, con el objetivo de manipular y prevenir la radicalización mediante el desvío de partes de la aristocracia obrera y de sectores de la pequeña burguesía” (Panayiotakis, 2015). Algunos intelectuales del partido incluso afirmaron en tono admonitorio que el auge de Amanecer Dorado y de Syriza respondía por igual a la confusión que imperaba en el movimiento de masas (Jacobin, 2015).

Como entonces hiciera la III Internacional, el KKE bloqueó cualquier posibilidad de aunar las fuerzas necesarias para mantener el pulso movilizador contra el enemigo común por encima de sectarismos partidistas. La dureza de esa posición contrasta con su participación en el gobierno de coalición con Nueva Democracia en 1989 o con los acuerdos puntuales que llegó a establecer con el PASOK, de la misma manera que la ultraizquierdista política soviética del “Tercer Periodo” se abandonó para dar paso a la estrategia conciliadora del Frente Popular. En uno y otro caso, unos pocos pasos mediaron entre

la suspicacia radical de clase y la colaboración con los partidos “democrático-burgueses” o “sistémicos”.

La obcecación de su política de alianzas no es el único elemento atravesado por la contradicción. Debido a una suerte de estratificación de la emancipación, el KKE está rezagado en lo que concierne a las luchas por los derechos de diversos sectores sociales que padecen relaciones de opresión específicas, como aquellas marcadas por el género o la preferencia sexual. En este reglón existen un par de casos que pusieron de relieve el carácter retrógrado de la posición del KKE. En las respectivas sesiones parlamentarias para aprobar las llamadas Ley Transgénero y el Convenio de Unión Civil igualitaria, el KKE sumó sus votos en contra a los del partido neonazi Amanecer Dorado y los conservadores de Nueva Democracia.

La dirección comunista esgrimió un argumento en sintonía con los sectores más reaccionarios, un alegato biológico para justificar la determinación convencional de roles sociales que resulta tanto más cínica en voz de quien proclama pugnar por la emancipación contra toda forma de opresión:

El desacuerdo del KKE ante la modificación del Convenio de Unión Civil y más particularmente ante su extensión a las parejas homosexuales, surge del papel y del desarrollo de la institución de la familia, de su papel en la reproducción de la especie [...] El origen biológico del ser humano es resultado de la relación sexual entre hombre y mujer que como tal interesa y se regula por la sociedad. En la unión de las parejas homosexuales, objetivamente el hijo, obtiene una visión distorsionada de esta relación biológica entre los dos sexos. La percepción correcta de esta relación es un componente necesario para su desarrollo psicológico, corporal y social [...] Con estos criterios repetimos que no estamos de acuerdo con la extensión de la institución de la familia a las parejas homosexuales, ni mucho menos con el establecimiento de la posibilidad de adopción o de uso de la Reproducción Asistida (The Department for the Equality of Women of the CC of KKE, 2016).

Antes de una digresión más bien doctrinaria sobre la familia como unidad económica funcional al capitalismo, el KKE se ampara en una crítica a la percepción burguesa de los derechos individuales y el derecho a la diversidad por juzgarla una moda intelectual posmoderna que “niega la objetividad de la identidad biológica de la identidad de género” (*Ídem.*). Pero el argumento de combatir la institución familiar capitalista cae por su propio peso desde que el KKE naturaliza una determinada composición biológica de la familia, que en la sociedad

socialista/comunista, según sus designios, “reconocerá las relaciones entre padre y madre” puesto que del “género biológico surge la orientación sobre todo heterosexual” (Vagenas, 2016).

“Escarbad en el comunista y saldrá el filisteo”, admitió un lapidario Lenin en diálogo con Clara Zetkin. El filesteísmo también atañe a la posición del KKE frente al feminismo. Si en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* Engels atribuyó a las limitaciones físicas para el trabajo productivo la causa primordial de la larga historia de opresión sobre la mujer, Gorbachov invertiría el razonamiento para defender que la mujer se replegara a las labores domésticas con el objetivo de “liberarla” de la doble carga que suponía sobrellevar las tareas del hogar y el trabajo en la fábrica. Según Inessa Armand: “Bajo el capitalismo, la mujer obrera debe soportar el doble fardo de trabajar en la fábrica y luego realizar las tareas domésticas en el hogar. No sólo debe hornear y tejer para el patrón, también debe lavar, limpiar y cocinar para su familia” (Goloboff, 2013).

La alusión a la doble jornada impuesta a la mujer cambia de signo bajo la pluma de Inessa y resulta paradójal respecto a la postura del gobierno de Gorbachov, cuya declaración testimonió la prolongación de la opresión de género desde otras coordenadas históricas y bajo un régimen sociopolítico no capitalista. El paso que va de la integración de la mujer a la producción a la promoción de su confinamiento doméstico se dio sin solución de continuidad debido a las exigencias pragmáticas del Estado soviético, pero también y de manera fundamental como manifestación de una porfiada cultura patriarcal. La rememoración cruzada tiene una finalidad expositiva, que no por obvia resulta siempre digerible: el “modo de reproducción” no necesariamente varía con el “modo de producción” (Mitchell, 1973: 121).

En un modelo “socialista” patriarcal la división del trabajo y la diferenciación de los sexos son también necesidades interrelacionadas de cuyo contacto deriva un estatus femenino que, en un mismo movimiento, exalta a la mujer en tanto poseedora de las relaciones productivas y secundariza su participación en otros órdenes de la vida social (Ibídem, pp. 111-113). Un mítico “eterno femenino” se convierte en la irreductible condición de la mujer que justifica en última instancia la desigualdad social entre los sexos, lo que no es sino otro caso de esas representaciones categorizadas que prestan un mal servicio a la causa emancipatoria, aún o precisamente por estar revestidas de una retóri-

ca revolucionaria que sólo disimula la asimilación de ciertos valores de la ideología dominante.

Ahora bien, la actitud del KKE revela que frente a la emancipación de la mujer persiste otra clase de determinismo *izquierdizante* igualmente nocivo. Se trata del reduccionismo economicista subyacente a la creencia de que la liberación de la mujer es un asunto “superestructural” que prevé su solución como resultado de un efecto derivado de la abolición de la propiedad privada, — una noción, la de propiedad — que ciertamente permea la relación social entre los sexos y la unidad familiar. Sin embargo, este razonamiento obvia el lastre patriarcal de la inclinación socialista que despoja de su especificidad a la problemática de género al hacerla materia subsidiaria de la obra revolucionaria. Así como la naturalización de la reproducción y la institución familiar condena a la mujer a la subordinación y explotación social, la disolución del problema de la desigualdad de género en el nivel del antagonismo capital/trabajo privan de contenido sustancial al fenómeno y, debido a esta obnubilación ortodoxa, de los medios apropiados para su eventual superación.

La biologización de una problemática social clausura la posibilidad de emancipación política. La vuelta de esta enajenación inmemorial empantana al KKE en posiciones reaccionarias que reaparecen como herencia dogmática del estalinismo que penalizó el aborto y criminalizó la homosexualidad por considerarla una presunta expresión de la “ideología burguesa” y una “perversión fascista”. El 17 de abril de 1936, *Troud*, el periódico de los sindicatos en la URSS, publicó un artículo de Stalin en el que la ilegalización del aborto fue justificada en los términos de un conservadurismo moral que hacía del sexo biológico un engranaje de la sociabilidad y de la figura materna un esencialismo funcional al natalismo: “Hacen falta hombres. El aborto, que destruye la vida, es inadmisibles en nuestro país. La mujer soviética tiene los mismo derechos que el hombre, pero eso no la exime del deber grande y noble otorgado por la naturaleza: la mujer es madre...” (Marie, 2010: 462).

Las medidas significaron un notable retroceso de la revolución, que hasta antes del ascenso de Stalin a la cabeza del Estado soviético se había esforzado por dar cauce práctico a las proclamas de Alexandra Kollontai sobre una “renovación psicológica de la sociedad” propiciadora de una politización de la esfera personal. La iniciativa no pasaba por una intromisión *in toto* a la manera distópica orwellina,

sino porque la socialización del trabajo doméstico, la libre orientación sexual o el divorcio devinieran materia de nuevos derechos. El KKE, en contraposición, sostiene que “la orientación sexual y la unión son asuntos privados” y que estas, en sí mismas, “no dan lugar a derechos sociales relacionados con la familia y la custodia de los niños” (Vagenas, 2016). En efecto, por sí mismas no generan ningún derecho, pero tal parece que las consecuencias últimas del lema “lo personal es político” no figuran en la hoja de ruta del KKE.

En contraste con los comunistas griegos, los bolcheviques incorporaron las demandas de Kollontai a su política revolucionaria para consagrarlas en el Código Soviético de 1918, que en lo tocante a estos asuntos rubricó la legislación más progresista que hasta entonces se hubiera redactado al estar basada en cuatro pilares fundamentales: la unión libre, la liberación de la mujer a través del trabajo, la socialización del trabajo doméstico y la superación del modelo tradicional de la familia (Goldman, 2011).

Lo revolucionario de la izquierda, por definición, implica provocar cortocircuitos con convencionalismos varios. La confrontación entre nuevos y viejos esquemas de pensamiento, de los que tienden a desprenderse hábitos y conductas, se inscribe en el marco de un amplio proceso revolucionario cuyo desarrollo condiciona una nueva concepción de las relaciones sociales de dominación. Para Konllontai la irrenunciable batalla cultural contra la dominación masculina, aunque específica, engarzaba su desarrollo a una concientización clasista de la liberación femenina que se forjaba en la lucha. Como resultado de esta imbricación el combate cifraba su objetivo no sólo en la descripción visibilizadora de las mujeres en tanto grupo social oprimido, sino que además debía procurar una caracterización histórica de las condiciones que hiciesen posible una subjetividad transformadora específica pero comprometida con la revolución socialista.

En ese sentido, el prefacio del Código Soviético de la Familia 1918 admite que aunque la nueva ley es un avance indispensable en el camino hacia la emancipación de las mujeres, es en sí misma insuficiente en tanto que “ninguna ley puede aniquilar las costumbres y los prejuicios”, para rematar con la aseveración de que “eso se debe dejar a otros procesos”. Esos procesos insuflan lo que Juliet Mitchell bautizó como “la revolución más larga” de las mujeres. Una revolución, que como demuestra el “comunismo” patriarcal del KKE, es sacrificada o

postergada indefinidamente en aras de unos temas que según su valoración presentan una mayor urgencia y centralidad.

En resumen, el estalinismo patriarcal se presentó primero como tragedia y después como farsa: que en sus documentos sobre la “cuestión de las mujeres” el KKE siga naturalizando la institución familiar (La Sección del Comité Central del KKE para la igualdad y la emancipación de las mujeres, 2016) —pese a las críticas que de hecho realiza— o que solape las diversas opresiones heteropatriarcales con argumentos que entroncan con la formulación estigmatizadora de Joseph Ratzinger sobre el género como ideología,³ en lugar de pugnar por la libertad de identidad de género como un derecho fundamental (Butler, 2017), traiciona el espíritu que animó las conquistas pioneras de la Revolución de Octubre en materia de género y sexualidad.

Consideraciones finales

Vista en perspectiva, constatamos que la izquierda griega reproduce dos vicios de signo cambiado que la descolocan frente a una concepción integral de la emancipación. Mientras Syriza cosecha importantes aunque ciertamente limitados avances en el ámbito de las opresiones sociales que dejan intactas las estructuras de explotación, el KKE se sitúa en su antípoda al erigirse como organización cuya fuerza revolucionaria en lo económico es inversamente proporcional a su debilidad para encarar las nuevas formas de subjetivación política. Este vacío transpositivo sirve a cada cual para reivindicar sus pretensiones de representar el interés popular, que por lo demás sirve para disimular en una su creciente *socialiberalización* y en otro su dogmatismo trasnochado.

Žižek (2001: 379-380) sostiene que la despolitización de la economía ha favorecido la emergencia del populismo de una extrema derecha, que al ostentar una ideología que se reclama portadora de la moral de la mayoría, se convierte en el principal obstáculo para la

3. La llamada “ideología de género” es el antagonista exacto de la máxima de Simone de Beauvoir: “no se nace mujer, se hace”. A la identidad de género entendida como una construcción sociohistórica (no determinada por la biología), los partidarios de la ideología de género contraponen un *dictum* esencialista o divino (la voluntad de Dios) que implica una imposición coactiva de la identidad.

satisfacción de las demandas propias de las configuraciones políticas posmodernas (feminismo, ecologismo, movimiento LGTB, etc.). Ante esta situación propone un “retorno a la primacía de la economía”, no para menoscabar los problemas específicos que han planteado estas formas de politización, sino para generar las condiciones materiales que hagan posible el cumplimiento efectivo de dichas demandas.

Una nula o débil politización de la economía suele estar en la base de una priorización *in vitro* de las políticas de identidad. Fuerzas políticas como Syriza, que tironean con tanta más fuerza de las políticas de identidad cuanto más se abstraen del cambio económico, asimilan en la praxis lo que Nancy Fraser (2017) denominó “neoliberalismo progresista”: la tendencia política que afirma un nexo entre una determinada concepción liberal del progreso que campea en los nuevos movimientos sociales y los intereses del capital financiero.

Las políticas de identidad así enmarcadas funcionan como hoja de parra o autoconsuelo frente a la incapacidad de “hacer política” de izquierda en el plano económico. “Cuanto más hablen de políticas de identidad, mientras nosotros hablamos de nacionalismo económico, [más] podemos aplastar a los demócratas” (Levin, 2017), declaró Steve Bannon, el polémico y ultraderechista primer Estratega Jefe de la Casa Blanca de la administración Trump. La cruda elocuencia es el correlato de la evidencia de los resultados. También en Europa, donde incluso se pretendió remediar la falta mediante la reedición del populismo desde la izquierda (como sucedió con Syriza), con la no pequeña diferencia de que mientras este último estaba signado por un manierismo dicotómico tendente a la moderación, el azuzado por la ultraderecha era en su mayor parte llano y confrontativo. Al margen de estas tentativas, y desde un ángulo ideológico opuesto al de Bannon, lo que resulta inquietante en el desbalance por él expuesto es la imagen de una ausencia de despliegue articulado de una política de reconocimiento y una política económica alternativa.

En el paisaje político europeo actual conserva su vigencia el diagnóstico de Fernández Buey (2005: 119) sobre la causa del más hondo enfrentamiento entre los marxismos —las izquierdas—, a saber, el papel actual de la clase obrera y su relación con otros sujetos emergentes de transformación social, lo que resulta comprensible por las implicaciones políticas que conlleva la forma en que se resuelva esta tensión. Si bien las condiciones son profundamente distintas de las imperantes

durante el desarrollo de la Revolución rusa, resulta provechoso volver la mirada hacia ella para recordar que la lucha de los bolcheviques por la emancipación entrañaba una intencionalidad subversiva no sólo de las relaciones de producción, sino que asociaba a ella la defensa de este “progresismo” reivindicativo de derechos civiles y sociales, que en tanto dimensión crucial de la emancipación humana, estaba inscrita en una más amplia exigibilidad de derechos que buscaba hacer coextensibles las conquistas en los múltiples niveles de la sociedad para socavar los binarismos excluyentes.

La amplitud y la profundidad son cualidades de las medidas que despejan el tránsito hacia el socialismo. En los años iniciales de mayor ímpetu revolucionario, hasta el reflujo estratégico que supuso la implementación de la NEP y la ulterior obliteración estaliniana, los bolcheviques pusieron a la orden del día la interrelación de distintas luchas: el Decreto sobre la Tierra, la expropiación de la gran industria, la nacionalización de la banca y el derecho a la libre autodeterminación de los pueblos se conjugaron con la lucha por la despenalización del aborto, la socialización del cuidado de los niños y el seguro de maternidad. El carácter democratizador de estas medidas supuso cuando no una clara conquista socialista, sí la instauración de una base transicional al socialismo.

Sostener y promover el avance de las luchas sociales en su heterogeneidad de demandas requiere de un programa político cuya apertura pluralista no debilite su solidez ideológica ni su sostenibilidad práctica. En otras palabras, el carácter anticapitalista no es óbice de la puntualidad programática que trabaja por la ruptura, así como la búsqueda de viabilidad tampoco implica rendirse al pragmatismo *desustancializado*.

La cultura política de la izquierda griega, y aquí podríamos extendernos *mutatis mutandis* a la izquierda radical europea, requiere una trasgresión de las lógicas parcializadas para recuperar una visión de totalidad no totalitaria, lo que exige el cultivo de una sensibilidad política frente a la historia concebida en su carácter dialéctico. El desfase histórico de las contraposiciones conceptuales entre reforma-revolución y estructura-superestructura socavan a la izquierda radical tanto como el divorcio empírico de las políticas de identidad y la política de clase. La puesta en valor del individuo ha dejado de ser sinónimo de “subjetivismo burgués”, pese a las elipsis históricas maximalistas de

organizaciones como el KKE; la perspectiva sistémica o la estructura, a su vez, sigue siendo, además de una ineludible variable del análisis, una realidad condicionante e irrenunciable de la transformación social que la frustración de las aspiraciones de Syriza volcó al primer plano.

Los relatos autolegitimantes del KKE y de Syriza no se construyeron en mutua exclusión sino en relación de oposición dentro del mismo campo político, pese a todas las diferencias que lo surcan. Hasta ahora, resulta claro que las respuestas dadas a la problemática de la composición social del sujeto del cambio y a la ponderación de las interrelaciones entre agencia y estructura han abierto una brecha en la izquierda griega. Por ello, y en consideración de su historia política compartida, merece el esfuerzo crear las condiciones para un diálogo entre tradiciones con miras al enfrentamiento común contra la embestida de las políticas neoliberales que, de ser posible, en lo sucesivo trate de ampliarse a un programa consensuado de ruptura.

El objetivo real y no retórico de transformación anticapitalista consiste menos en emular la figura concreta de los sóviets, menos en la repetición de una táctica de clase contra clase, que en construir los mecanismos y alianzas capaces de fungir a un tiempo como acicate de la movilización y eje de la organización popular unitaria. De la misma manera, el cambio profundo no partirá de la asunción de viejas tesis socialdemócratas ni de la espera de un apoyo de las fuerzas que presumen ser sus herederas históricas. La consecución del cambio radical depende en buena medida del desarrollo de un contrapoder de las clases subalternas que prefigure las formas políticas alternativas que una voluntad hegemónica y una vocación de gobierno pueden contribuir a instituir. La dialéctica permanente de esta relación es imprescindible, de lo contrario se vuelve inminente el riesgo de una disyunción como la que corroe a una izquierda griega que hace actual la advertencia premonitoria de Rosa Luxemburgo sobre las dos degeneraciones más comunes de la izquierda: caer en el sectarismo o precipitarse en el reformismo burgués.

Bibliografía

- Amin, Samir (2007). *Por la quinta internacional*. España: El Viejo Topo.
- Antón, Antonio J. (2017). Lenin 2122. *Nuestra Historia*, N° 4, pp. 43-59. Recuperado de: https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2017/12/nh4_2017_a4_antonioanton.pdf
- Badiou, Alain (2017). On the Russian October Revolution of 1917. *Crisis & Critique*, Vol. 4, N° 2, pp. 13-23. Recuperado de: <http://crisiscritique.org/2017/november/Alain%20Badiou.pdf>
- Benjamin, Walter (2009). *Obras*. Libro II, vol. 2. Madrid: Abada.
- Buey Fernández, Francisco (2005). Marxismos: continuidad y discontinuidad en el cambio de siglo. *Bajo el volcán*, Vol. 5, N° 9, pp. 109-133. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/286/28650907.pdf>
- Butler, Judith (24 de noviembre de 2017). "El fantasma de género". *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/77673-el-fantasma-del-genero>
- Davanellos, Antonis (2014). "The Fourth Comintern Congress". *International Socialist Review*, N° 95. Recuperado de: <https://isreview.org/issue/95>
- Fraser, Nancy (2017). "El final del neoliberalismo progresista". *Sin Permiso*. Recuperado de: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>
- Glezos, Manolis (23 de febrero de 2015). Manolis Glezos denuncia el acuerdo de préstamo griego como un "espejismo". *En Marea*. Recuperado de: <https://www.lamarea.com/2015/02/23/manolis-glezos-denuncia-el-acuerdo-de-prestamo-griego-como-un-espejismo/>
- Glucksmann-Guci, Christine (1978). *Gramsci y el estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*. Madrid: Siglo XXI.
- Goldman, Wendy (2011). *La mujer, el Estado y la revolución: Política familiar y vida social soviéticas, 1917-1936*. Buenos Aires: Instituto de Pensamiento Socialista "Karl Marx".
- Goloboff, Mario (20 de marzo de 2013). "Inessa". *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-216139-2013-03-20.html>
- Jacobin (15 de septiembre de 2015). "No compromises. An interview with The Communist Party of Greece". Recuperado de: <https://www.jacobinmag.com/2015/09/kke-greece-communist-party-syriza-bailout-memorandum-grexit/>
- Kouvelakis, Stathis (2015). "Greece: The Struggle Continues. An interview with Stathis Kouvelakis". *Jacobin*. Recuperado de: <https://www.jacobinmag.com/2015/07/tsipras-varoufakis-kouvelakis-syriza-euro-debt/>

- Karyotis, Theodoros & Broumas, Antonis. (2014). "Los movimientos sociales frente al ascenso de Syriza y la izquierda parlamentaria". *Diagonal*. Recuperado de: <https://www.diagonalperiodico.net/la-plaza/24233-movimientos-sociales-frente-al-ascenso-syriza-y-la-izquierda-parlamentaria.html>
- La Sección del Comité Central del KKE para la igualdad y la emancipación de las mujeres (2016). "El papel del KKE en la lucha por la igualdad de las mujeres y por sus necesidades". Recuperado de: <http://esold.kke.gr/news/news2013/2013-02-programme.html>
- Lenin, Vladimir (1969). *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir (1976). *Obras*. Tomo II. Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir. "Enseñanzas de la Comuna". Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1908/marzo/23.htm>
- Levin, Sam (17 de agosto de 2017). "Steve Bannon brands far right 'losers' and contradicts Trump in surprise interview". *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/us-news/2017/aug/17/steve-bannon-calls-far-right-losers-trump-warns-china-trade-war-american-prospect>
- Lountos, Nikos (2015). "Understanding the Greek Comunist". *Jacobin*. Recuperado de: <https://www.jacobinmag.com/2015/01/understanding-the-greek-communists/>
- Luxemburgo, Rosa (2006). *La crisis de la socialdemocracia*. Madrid: Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels.
- Luxemburgo, Rosa (2008). *La Revolución rusa. Un examen crítico*. Argentina: Ediciones Terramar.
- Marie, Jean-Jacques (2010). "De Lenin a Stalin, la sección femenina del KOMINTERN". En Fauré Christine (dir.), *Enciclopedia histórica y política de las mujeres: Europa y América Latina* (pp. 449-468). Madrid: Akal.
- Márkaris, Petros (2014). *Pan, educación, libertad*. México: Tusquets.
- Mitchell, Juliet (1973). "Las mujeres: la revolución más larga". En Randall, Margaret (Comp.) *Las mujeres* (pp. 99-157). México: Siglo XXI.
- Negri, Antonio (2004). *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*. Madrid: Akal
- Lefebvre, Henri (1962). *La significación de la Comuna*. Recuperado de: <https://kmarx.wordpress.com/2014/10/22/la-significacion-de-la-comuna/>
- Panayotakis, Mihalis (2015). "The Radical Left in Greece". *Socialism and Democracy*, N°. Vol. 29, N° 3, pp. 25-43
- Programa del Partido Comunista de Grecia. (2013). Recuperado de: <http://esold.kke.gr/news/news2013/2013-02-programme.html>
- Shandro, Alan (2010). "Lenin y la hegemonía. Los sóviets, la clase obrera y el partido en la Revolución de 1905". En Budgen, Sebastian; Kouvelakis,

- Stathis & Zizek, Slavoj (eds.), *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad* (pp. 296-316). Madrid: Akal.
- Sousa Santos, Boaventura (9 de febrero de 2017). "El problema del pasado es que no pasa". *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/19067-el-problema-del-pasado-es-que-no-pasa>
- Vagenas, Elisseos (2016). To clarify certain issues. Comité Central del KKE, Sección de Relaciones Internacionales. Recuperado de: <https://inter.kke.gr/en/articles/To-clarify-certain-issues/>
- The Department of the Equality of Women of the CC of KKE. "On The Co-habitation Agreement". *Kommounistiki Epitheorisi*, N° 1. Recuperado de: <https://inter.kke.gr/en/articles/On-The-Cohabitation-Agreement/>
- Weissman, Suzi (2017). "The Legacy of Vladimir Lenin. An interview with Tariq Ali". *Jacobin*. Recuperado de: <https://www.jacobinmag.com/2017/05/dilemmas-vladimir-lenin-tariq-ali-russian-revolution-democracy>
- Zizek, Slavoj (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología*. Buenos Aires: Paidós.